

esclavos, juraban ante el altar de sus ídolos sacrificar su vida, la de sus esposas y sus hijos en aras de la patria.

¡Qué hermoso, qué simpático es el valor cuando defiende la independencia de un pueblo!

Aquellos infelices tenían derecho á que se respetaran sus hogares, sus creencias, y estaban dispuestos á sacrificar en aras del amor de la patria todas sus esperanzas, toda su felicidad, todos sus bienes.

Cualquiera otro caudillo que no hubiera sido Hernan Cortés, hubiera retrocedido ante el espectáculo que los habitantes de Tabasco presentaron á sus ojos algunos días despues de la victoria que habian alcanzado sobre ellos.

Es necesario todo el heroismo, todo el génio, toda la grandeza de ánimo de aquel hombre privilegiado, para no retroceder ante aquel formidable ejército, no contando más que con un escaso número de hombres, cansados ya y convencidos de que no realizaban las ideas que los habian llevado á aquellas lejanas tierras.

¡Qué empuje no tendria la voz de aquel guerrero!

¡Qué ascendiente tan poderoso no ejerceria sobre sus soldados, cuando pudo lograr que un puñado de hombres se presentase frente á frente de un ejército de más de cuarenta mil.

Aquella batalla fué superior á las anteriores, y merece capítulo aparte.

CAPITULO XXVIII.

Los prisioneros.



URANTE la refriega que sostuvieron con los indios Francisco de Lugo y Pedro de Alvarado, al aproximarse Hernan Cortés con tropas en su auxilio, se pusieron en precipitada fuga los indios, y los españoles, aprovechándose de aquel pavor de sus enemigos, persiguieron á algunos de ellos y lograron apoderarse de doce.

Volvieron con ellos al cuartel general, y Hernan Cortés dispuso que los trataran con la mayor atencion, porque desde luego concibió la idea de apoderarse de su voluntad y de obtener con astucia en sus declaraciones las noticias más importantes, y que necesitaba para saber á qué atenerse respecto á las condiciones en que se hallaban sus adversarios.

Llamó á Jerónimo de Aguilar y le dijo:

—Vais à prestarme un gran servicio.

—Disponed de mí.

—En primer lugar, deseo que tengais una conferencia con los prisioneros, que les pregunteis en mi nombre si están contentos del trato que han recibido, y que les asegureis de nuevo que mis intenciones no han sido nunca conquistar este país, ni mucho ménos hacer daño á sus moradores.

Decídesles ademas, que habeis vivido mucho tiempo á mi lado, que habeis intercedido por ellos cerca de mí, y cuando estén bien penetrados de que estas son vuestras intenciones, vais á excitarles á que os declaren los motivos que tienen para luchar

contra nosotros, los elementos con que cuentan, la resolución que han tomado sus jefes. Es indispensable que yo conozca estos datos para poder resolver.

—Dejadlo á mi cuidado, yo os aseguro que quedareis satisfecho.

—En vuestras manos teneis el porvenir de todos nosotros.

Si deseo averiguar estas noticias, no es para aprovecharme de ellas con detrimento de esos infelices, á quienes de buena gana no haria daño alguno; pero no debo, como capitán, conducir á la muerte á mis soldados, sino á la victoria.

Necesito someter al juicio de los capitanes las resoluciones que tome.

Ved cómo la Providencia os ha colocado en medio de mi camino, y cuán buena, cuán generosa es la misión que podeis desempeñar en nuestro favor.

Águilar era hombre de corazón, y además, la actitud, los actos de Hernán Cortés, desde que estuvo á su lado, le parecían, no sólo los de un bizarro soldado, sino los de un hábil político, de un hombre honrado á toda prueba, razón por la cual no podía ménos de simpatizar con él y de estar resuelto á hacer los mayores sacrificios.

Sin pérdida de tiempo fué á ver á los prisioneros.

Los infelices, á pesar de los agasajos de que habian sido objeto, estaban atemorizados.

Habiendo cundido entre ellos la voz de que no eran invencibles, de que no poseían el rayo, de que sus armaduras únicamente eran las que les defendían de las flechas de los indios, alentados por estas creencias, habian combatido contra ellos durante todo el día, y se habian convencido de nuevo de que toda su furia, de que todo su heroísmo, de que todas sus fuerzas eran inútiles para contrarrestar el empuje de aquellos hombres sobrenaturales.

Los indios perecían bajo los golpes de las certeras balas, en

tanto que las flechas que disparaban contra sus enemigos se embotaban en sus armaduras, y no lograban ni siquiera herirles.

Por fuerza peleaba con ellos una fuerza sobrenatural que no podían comprender, pero que les amedrentaba.

En poder de los extranjeros, creían segura su muerte, y los que no hubieran sentido morir luchando por la independencia de la patria, lejos de sus hermanos experimentaban una profunda tristeza, un miedo indescriptible.

Les parecía que la muerte en aquellas circunstancias debía ser para ellos infinitamente más cruel, más terrible de la que hubieran alcanzado en medio de la pelea.

Antes de que pudieran atarles codo con codo para que no se escapasen, hicieron los mayores esfuerzos á fin de libertarse de aquella esclavitud que les aguardaba.

Arrojándose en el suelo, hubo necesidad de arrastrarlos algún tiempo para que siguieran á los españoles.

Todos estos actos se consumaron sin anuencia de Cortés.

Cuando supo que habian llegado al cuartel general, dispuso que se rompiesen sus ligaduras.

Les dió por habitación uno de los adoratorios, y les dejó completamente libres, sin perjuicio de poner á su puerta centinelas para que no pudieran escaparse.

Encargó su custodia á Francisco de Lugo, y dispuso que les llevasen en nombre suyo multitud de abalorios, de dijes, de bagatelas de aquellas que tanto entusiasmaban á los indios, y acto continuo ordenó que los soldados partiesen con ellos sus víveres.

Al pronto despreciaron los indios aquellos agasajos.

Pero al ver que les dejaron aquellos, que á sus ojos eran preciosas joyas, y los sabrosos alimentos que constituían el rancho de los soldados, fueron poco á poco calmando su ansiedad, y terminaron por aprovecharse de dádivas tan generosamente ofrecidas.

Cuando Jerónimo de Aguilar entró en el adoratorio para hablar con ellos, se estremeció.

El cautivo no llevaba ninguna arma.

Solo uno de los soldados entró con él, y colocándose en uno de los extremos del adoratorio con una hacha encendida, iluminó la escena.

Las primeras palabras que pronunció en su idioma Jerónimo de Aguilar, tranquilizaron bastante á los indios.

—No temais, les dijo; no creais que os aguarda la muerte; al contrario, os espera la vida, y una vida llena de satisfacciones, porque nuestro jefe no es enemigo vuestro. Si se defiende, es porque le atacais. Pero su único deseo es mantener la paz con vosotros, colmaros de presentes, y ofrecer los beneficios de la religion que profesa.

—¿Por qué no nos deja ir á unirnos á nuestros hermanos? dijo el más atrevido de los prisioneros.

—Porque desea que os convenzais de su afecto, y que cuando vayais á reuniros con vuestros amigos, podais manifestarles cuáles son sus intenciones.

—Vosotros habeis muerto á nuestros soldados, os habeis apoderado de nuestras casas.

—Porque vosotros nos habeis interceptado el camino, no habeis querido dar oídos á sus ofertas de paz, y nos habeis atacado.

—Nuestros caciques dicen, que en otras islas no lejanas habeis reducido á la esclavitud á sus moradores, habeis destruido sus ídolos y habeis impuesto vuestra religion.

—¿Por ventura creéis que si hubiéramos querido aniquilaros no lo hubiéramos hecho ya? ¿Qué quieren decir esas dádivas que nuestro jefe os envía? ¿Qué esos agasajos de que sois objeto? ¿Por ventura se os trata como á prisioneros, ó como amigos? ¡Ah! La Providencia ha querido al traerlos aquí que os con-

venzais una vez más de lo injusto de vuestros ataques, y os ha elegido para que salveis á vuestra patria.

—¿Qué decís? preguntaron todos, disponiéndose á prestar mayor atencion al intérprete.

—¿No me reconocéis? dijo Aguilar. ¿No os dicen mis palabras, pronunciadas en vuestro mismo idioma, que he vivido algun tiempo entre vosotros, que soy el fiel amigo del cacique Albihiqui? ¿No recordais que al morir me confió el cuidado de su hijo, vuestro actual soberano Aisbanuco?

—Sí, sí; tú eres Katey, dijo uno de los prisioneros.

Katey quiere decir en el idioma de los indios *cristiano*.

—Venid, venid, aquí, amigos míos, dijo Aguilar estrechando la mano de aquellos infelices. Sed buenos; salvad á vuestra patria de la catástrofe que le espera si vuestros hermanos persisten en luchar con nosotros.

Los indios respondieron á las preguntas de Aguilar.

Por ellos supo que las declaraciones que habia hecho Ibo-ibo habian alentado á los caciques á sostener la guerra, que habian convocado á los de las tribus vecinas para que les auxiliasen, que habian formado un numeroso ejército, que habian jurado todos morir ó destruir á los extranjeros, y que estaban seguros de que cuantos esfuerzos se hicieran para disuadirles serian inútiles.

—Aunque fuéramos nosotros mismos, añadió uno, á ofrecerles la paz en nombre vuestro, no nos creerian, y nos tendrian por traidores.

—Pues bien, dijo Aguilar; yo quiero que os escuchen, que sepan por vos cuán estériles son sus sacrificios.

Mañana muy temprano vendreis conmigo á ver los elementos que tenemos para destruir á nuestros adversarios.

Despues os dejaremos en libertad, y podreis ir á reuniros con vuestros hermanos.

Despidiéndose de ellos, fué á comunicar á Hernan Cortés las noticias que habia adquirido, y al mismo tiempo la idea que habia cruzado por su imaginacion.

—Nada nos importa, les dijo, que esos infelices vayan á aumentar el número de nuestros adversarios. Pero que vean nuestra artillería, que vean nuestros caballos, y no dudeis que lo que cuenten á los indios les intimidará.

Hernan Cortés aprobó el pensamiento, y convocando inmediatamente á sus capitanes, les participó lo que pasaba.

CAPITULO XXIX.

Preparativos de los contendientes.



RA la víspera de la Anunciacion de Nuestra Señora. Reunidos en el adoratorio en torno de una hoguera, que para calentar sus entumecidos miembros habian mandado encender aquellos valientes, habló Cortés á sus capitanes, y no les ocultó ni uno solo de los detalles que le habia referido Jerónimo de Aguilar.

—Hemos llegado á un punto de nuestra expedicion, les dijo que es necesario resolver cuál es el partido que nos conviene tomar.

Ya sé que sois valientes.

¿Quién podria dudarle, aun cuando volviéramos á Santiago de Cuba sin haber conseguido nuestro objeto?

Pero el valor no basta cuando quinientos hombres tienen que luchar contra cuarenta mil.

Es cierto que hasta ahora hemos conseguido grandes victorias sobre nuestros adversarios.

Es cierto que no hay uno solo que no esté dispuesto á sacrificar su vida en aras de la gloria.

Yo, por mi parte, os aseguro que prefiero morir á volver la espalda al peligro.

Pero ya lo sabeis, nombrado por Velazquez para desempeñar esta expedicion, ántes de salir de la Habana me quitó el mando que me habia dado.

Si nos embarcamos, si hemos seguido el derrotero que nos